



MARTÍN DESCALZO, José Luis. Razones para la esperanza. Sígueme. 28ª edición. Salamanca, 2001. 302 pp

G

Tema: Meditaciones y reflexiones.

La vigésimo octava edición de este libro aparece a los diez años del fallecimiento de su autor, y muestra la amplia acogida que tienen las obras de José Luis Martín Descalzo, sacerdote escritor que, además de ganar varios premios como novelista y como poeta, ejerció el periodismo durante bastantes años en Madrid. Este libro es fruto de su labor periodística, pues se trata de la recopilación de sus notas semanales publicadas en el periódico ABC.

En ellas puede verse la profunda cultura del autor, que enriquece sus escritos con citas de filósofos, historiadores, literatos clásicos y autores contemporáneos, y también con alusiones a grandes obras de la literatura, del teatro o de la música. Además, cita como ejemplo sus recuerdos familiares: el sacrificio cotidiano de su madre, el ejemplo de honradez de su padre, la escuela de cariño y de servicio de sus hermanos, y el digno modo de llevar la pobreza en la post-guerra.

Martín Descalzo acude a sus épocas de seminarista para explicar cómo superó los resentimientos por errores ajenos que le tocó padecer, y expone su testimonio de vida sacerdotal, con la disponibilidad para aplazar sus propios proyectos, supeditándolos a la realización de los encargos pastorales.

En las 302 páginas del libro surgen, de diversos modos, ejemplos de optimismo y de magnanimidad, como “La hierba crece de noche” (p. 18), “¿A qué derrota llegas, muchacho?” (p. 21), o “Animar al suspendido” (p. 227). También se elogia en distintos capítulos la lucha para sobresalir: “Teoría del trampolín” (p.

43), “Elogio del coraje” (p. 49), o “Un campo sembrado de futuro” (p. 80). Además, se ofrecen reflexiones sobre la caridad: “Historia de doña Anita” (p. 124), “El milagro del gitano” (p. 155), incluso con ejemplos negativos, como en el caso de “El incendio” (p. 185).

La identidad sacerdotal del autor se manifiesta en sus meditaciones sobre la Cruz: “Una humanidad de trapo” (p. 34), “Un ciego en San Pedro” (p. 106), o “Jesús nació mongólico” (p. 231). El tema de la muerte es tratado de frente, con el empeño de que el lector se lo plantee personalmente: “El relámpago gris” (p. 37), “El hombre que mendigaba cuartos de hora” (p. 167). Otro tema que muestra la perspectiva cristiana de la obra es el de la pobreza: “Las seis cosas que dan honra” (p. 109), o, en otro sentido, el “Elogio de la tía” (p. 158).

En algunos pasajes el libro se opaca al dar la apariencia de ser un discurso de tipo “todo tiempo pasado fue mejor” o al ofrecer críticas de corte desesperanzado a la sociedad contemporánea. Desdican de la caridad que predica la obra algunas críticas descarnadas a comportamientos de ciertos eclesiásticos, aunque aparezcan con la buena intención de evitarle al lector que caiga en errores similares. De igual manera, le quitan peso a sus argumentos las citas de otros autores, sacadas de contexto, para fortalecer las posiciones del autor. Por último, aunque pueda tener efectos en algunos lectores, ciertas reacciones sentimentaloides le restan altura al conjunto del libro.

Con todo, el alto número de ediciones demuestra que se trata de un bálsamo que ayuda a sobrellevar las dificultades que soportamos en la sociedad actual, estimulados por el buen ejemplo que, aunque es menos notorio que el mal, está floreciendo en cada momento.

EUCLIDES ESLAVA GÓMEZ

Julio de 2004

Público: General